

La degeneración del filósofo según Platón

II Parte

Roberto Cañas-Quirós*

I. El Estado y el hombre democráticos

Cada uno de los Estados y de los *tipos* de hombre que estudia Platón, presentan causas específicas que generan su decadencia. En el Estado ideal, la ignorancia de los magistrados fue lo que lo hizo degenerar allanándole el camino al Estado timocrático; por su parte, la ambición desmedida de éste fue lo que lo perdió convirtiéndolo en oligarquía; mientras que, en ésta, se opera un tránsito a la democracia a partir de una insaciabilidad hacia las riquezas.

La ansia sin límites por el dinero, se acrecienta cuando los oligarcas sienten la necesidad de apropiarse de la mayor cantidad de pertenencias de los ciudadanos. En este sentido, no restringen con leyes a los jóvenes que han caído en el libertinaje, pues con esas prácticas gastan y dilapidan un patrimonio que a la larga les pertenecerá, ya sea al comprárselos o mediante préstamos con usura. La falta de *sofrosyne* de la *polis* oligárquica y la pululación del libertinaje en ella, obliga, en ocasiones, a que hombres de buen linaje padezcan la indigencia¹. Platón tiene en mente a las almas filosóficas que por el hecho de haberse desarrollado en un ambiente adverso a la virtud, se corrompieron al adquirir la naturaleza del zángano. En efecto, su parte concupiscible al tender a la disipación y al no poder satisfacerla porque ha descendido a la miseria, cobra unos instintos que se le multiplican y adopta una actitud de delincuente de alta escala. Por eso, en los zánganos se incrementa un agujón que está listo para clavarse, aun cuando estén ahogados por las deudas y a pesar de que ya los hayan tachado de infames. El odio de los zánganos es generalizado, pues se enfoca tanto contra los oligarcas que poseen sus bienes, como contra el resto de los ciudadanos. En definitiva, se dedican a conspirar en contra de todos y son los más fervientes promotores de la revolución². Por otro lado, los que detentan el poder desprecian a los miserables, y están dispuestos a clavar el agujón del dinero mediante préstamos y réditos, cuyo contrato es estipulado para que no exista ningún riesgo para el prestamista. Platón describe el cuadro de una sociedad en donde los zánganos y pordioseros, en medio de una batalla perciben el contraste entre un hombre sencillo, tostado por el sol, nervudo y amojamado, que lucha vigorosamente, frente a uno de esos hombres acaudalados, criados a la sombra y que jadean en medio de su cuerpo grasoso. De inmediato comprenderán que el dominio que ejercen, se debe a la falta de organización de los pobres. Es probable que esta masa desposeída, una vez que se reúna en privado, se digan sus componentes: "podríamos hacer lo que quisiésemos, con estas gentes que nada valen"³.

Así como en un cuerpo falto de salud la enfermedad se introduce con el más pequeño motivo, en la plutocracia basta el menor pretexto para que estalle un conflicto. Suele ocurrir que, en un trance como este, los ricos busquen apoyo militar en otra potencia oligárquica, y el pueblo intente aliarse con un Estado democrático.

* Bachiller y Licenciado en Filosofía por la Universidad de Costa Rica, realiza estudios de Posgrado allí mismo. Profesor en la Escuela de Estudios Generales de la U.C.R.

¹ *República*, 555 C - D.

² *República*, 555 D7.

³ *República*, 555 E - 556 D. Aristóteles afirma que el desprecio es una de las causas de las sublevaciones, como en el caso de las oligarquías cuando la mayoría que no participa del gobierno se cree más fuerte, cf. *Política*, VIII, 3, 1302 B.

El tránsito de la oligarquía a la democracia se origina cuando los pobres salen victoriosos y destierran o matan a los ricos. Desde entonces, todos los ciudadanos comparten igualmente los derechos y las magistraturas se proveen por sorteo.

Los rasgos típicos de los regímenes democráticos son la igualdad y la libertad⁴. Fiarse por la apariencia significa considerar a la democracia como la constitución más bella, como si el criterio a la hora de valorar un manto, no dependiera de la calidad de la tela o de la armonía del acabado, sino sólo porque está bordado con una multitud de colores y flores de toda especie. Como cada cual se deja arrastrar por un abanico de opciones, el resultado es que emergen en la sociedad democrática una gran variedad de hombres. Esto se refleja en el hecho de que en este Estado no impera una sola constitución, sino un "mercado" de constituciones⁵. En un Estado tan abigarrado y heterogéneo no existen modelos por seguir. Es un sistema donde cada quien hace lo que le plazca y donde el deber moral cuenta con poco asidero. De esta forma, desaparece toda obligación, como por ejemplo de gobernar aun poseyendo aptitud, de obedecer, de hacer la guerra cuando otros ciudadanos la hacen, de ser pacífico cuando otros observan la paz, de abstenerse de ser magistrado o juez aunque la ley lo prohíba o no⁶. Por eso, fue notorio que la actitud que asumió Sócrates en la prisión al seguir un deber incondicional ante la ley, fuese extraña y poco comprensible para la mayoría de sus allegados⁷. En efecto, en la democracia la tolerancia se prefiere a la justicia, y hombres condenados a muerte o destierro permanecen en la ciudad y se confunden con el público, como si nadie se precaviera de ellos, o incluso como si fuesen el fantasma errante de un héroe⁸.

Platón, desde que empezó a redactar sus primeros escritos, se percató que gran parte de la ruina de los Estados obedecía a la violación de sus normas. Aún en su última obra, en las *Leyes*, no había nada que más le repugnara que la transigencia a la hora de dejar pasar la transgresión de los estatutos, insistiendo en una serie de castigos a veces de excesiva severidad. Un autor del siglo XVIII como Rousseau, estimó que las leyes de una comunidad debían contar con el mismo nivel de inexorabilidad que las leyes naturales; asimismo, vio en el imperio romano el modelo más diáfano de un pueblo que embelleció y trató de cumplir cabalmente sus leyes, determinando una permanencia de muchos siglos a pesar del escollo que significaba la perversidad de algunos de sus Césares.

No cabe duda que el filósofo afronta dificultades para formarse en medio de una democracia. En ésta se desprecian las máximas sobre las cuales se había erigido el Estado perfecto, y el político ya no es alguien dotado de una naturaleza sobresaliente que desde la infancia haya mezclado la belleza en los juegos, se aplicará a los bellos estudios y terminará siendo un hombre de bien. Por el contrario, no le es indispensable una cultura del espíritu puesto que tan sólo necesita pasar como amigo del pueblo⁹. Aquí ya se empieza a perfilar el *demagogo* que exalta las cualidades del pueblo, que envanece las masas populares y que a la larga se transforma en su propio dictador.

El advenimiento del hombre de alma democrática proviene del rompimiento de las costumbres paternas. Por eso, en un inicio lo invadirá la codicia y el afán de lucro, pero después cederá a los apetitos de placer que tienden al dispendio. Será incapaz de distinguir los deseos necesarios de los innecesarios, por lo que se entregará a toda clase de comida, bebida y placeres amorosos. Como no ha sido desde su juventud una persona educada y disciplinada que haya aprendido a alejar los deseos superfluos, le hará daño a su cuerpo y a su alma, tanto con respecto a la inteligencia como a la templanza¹⁰.

Lo que Platón nos muestra, es cómo el instinto de concupiscencia termina siendo el regente del alma democrática, al quedar destronadas su razón y voluntad. Todo empieza a partir de que su padre, un hombre criado en la ignorancia y con un afán por las riquezas, le hereda una inclinación hacia la tacañería; además, aprende, del trato y compañía de los "zánganos", lo referente a toda una retahíla de placeres y deseos. Este hombre, desde entonces, estará preso de una sedición interior, y su alma pasa de oligárquica a democrática. Las causas de este cambio habrá que verlas, con caracteres más pronunciados en el Estado oligárquico, pues en éste una vez producida la sublevación, del exterior se recibía apoyo por parte de otros oligarcas o de algún Estado democrático hasta que la facción más poderosa termine imponiéndose. Así, en el alma de este joven tiran dos fuerzas concupiscibles con las que guarda parentesco y semejanza: la del padre y la de los

⁴ *República*, 556 E - 557 A. Podemos asentar como principio que en todo orden social y político la libertad y la igualdad no van de la mano, sino que, por el contrario, son como los dos platos de una balanza: entre mayor libertad habrá menor igualdad, y entre mayor igualdad habrá menor libertad. De este modo, es posible ejemplificar que en el Estado platónico la libertad sobrepasa a la igualdad; mientras que en las democracias en donde se opera la igualdad o la nivelación de los individuos, no se produce una auténtica libertad, sino, a lo sumo, un libertinaje.

⁵ *República*, 557 B - D.

⁶ *República*, 557 B - D.

⁷ *Gritón*, 44 B ss.

⁸ *República*, 558 A. Es una alusión a las sombras de los muertos que vagan en el Hades.

⁹ *República*, 558 B.

¹⁰ *República*, 558 C - 559 C.

zánganos. Pueden operarse dos posibilidades: que su progenitor y sus parientes lo amonesten para que vuelva a incorporar el elemento oligárquico y quizás se remonte a su estado anterior; o que el cúmulo de nuevas necesidades proliferen subrepticamente y la influencia paterna no se limite más que en haberlo sumido en la insipiente. En este último caso, el hombre democrático al estar vacío de conocimiento. Se fragua en su interior una revolución encabezada por una muchedumbre que asalta el punto más elevado de su ciudad: la acrópolis del alma. Al no contar con centinelas y guardianes que la protejan, al estar desnuda de ciencia, de costumbres bellas y pensamientos verdaderos, la fortaleza cae asediada por falsas e imaginarias opiniones. Desde entonces, clausuran las puertas y no permiten la entrada de las embajadas que traen el consejo de los más viejos. Destierran ignominiosamente el pudor o respeto, y lo califican de simpleza o torpeza. También relegan a la templanza llamándola falta de hombría, y proscriben la moderación y el orden en los gastos denominándolos rusticidad y tacañería¹¹.

Este hombre al haberse forjado en la ignorancia y al expulsar de sí mismo el sentimiento de vergüenza, de pudor o de respeto, deja libre el camino para que sea franqueado por una muchedumbre de pasiones¹². La revolución empieza como siempre atacando al *lógos*, pero como éste carece de las armas del conocimiento, evidentemente pierde la batalla. A raíz de esto, el *a/dos* se destierra y una multitudinaria conglomeración de necesidades irrumpe sin ningún tipo de inhibición. Todos los instintos se introducen en cortejo, como, por ejemplo, ¡la desmesura, la indisciplina, el desenfreno y el impudor. Las palabras siguen cambiando de significado de acuerdo con esta clase de vida, y así llaman a la desmesura buena educación, a la anarquía libertad, a la dilapidación generosidad, y al impudor valentía¹³. Platón se percata que la "libertad" con que vive el hombre de alma democrática también la aplica al lenguaje, cambiándole la significación a los términos e incluso desprestigiando conceptos de vital importancia. Un caso representativo de las democracias contemporáneas¹⁴, sobre todo después de la Revolución francesa, sucede con la palabra aristocracia, la cual se ha visto devaluada a pesar de su profunda significación. Mientras que hoy en día conceptos como virtud, trascendente, y otros más, también han padecido su desdoro.

La consecución del hombre democrático se esclarece cuando se opera un cambio en sus instintos, cuando de los deseos naturales pasa a los deseos innecesarios y dañinos. Su existencia se consumirá entre unos y otros, especialmente disipando dinero. Lo mejor que le puede suceder, si antes no cae en bancarrota y llega a una edad pronunciada, es que la oleada más fuerte de pasiones disminuya a una tenue espuma en su alma y se introduzcan nuevamente algunos rasgos del respeto, la templanza, la moderación y el orden en los gastos. Sin embargo, establecerá entre todas las fuerzas antagónicas que moran dentro de sí, una completa igualdad. Su gobierno interior será dirigido al compás del azar y sin ninguna jerarquía. Por eso, no discierne los placeres que provienen de los deseos bellos y buenos de los placeres malsanos, sino que los derrama sobre un mismo recipiente y declara que todos son iguales¹⁵.

La inconstancia del hombre democrático es magistralmente descrita con un realismo que pone en evidencia sus grandes contradicciones. Este camaleón del alma es visto como alguien que vive al día complaciendo cada apetito que le sobreviene. A veces se emborracha al son de las canciones báquicas o bebe sólo agua para adelgazar. Otras veces se ejercita en la gimnasia o permanece inactivo y descuidado. Hay ocasiones en que tiende a asuntos especulativos y parece filósofo. A veces participa en política, se sube a una tribuna y dice y hace lo que se le antoja. Un día la envidia a los guerreros y se mete en la milicia, y otro día hace lo mismo con los comerciantes y el comercio. En su vida no existe ni el orden ni la disciplina, y sin embargo él cree que lleva una vida agradable, libre y feliz. Su *ethos* reúne en sí toda clase de costumbres y caracteres¹⁶.

Con estas descripciones Platón desarrolla el tipo de hombre individualista, consumista y amante de las novedades. Resulta de perogrullo hacer referencia a estos mismos aspectos en la sociedad actual, aunque no se puede dejar de atender, ¡a la evidente diferencia que existe entre el Estado antiguo y el Estado contemporáneo. El individualismo del hombre democrático se funda en que está menos propenso a las actividades colectivas y en común, como en cambio sí lo estaban el hombre filosófico y el hombre timocrático. Mientras que su consumismo y su amor por lo novedoso radican en la naturaleza de sus deseos superfluos, los cuales no hacen más que dividirlo. De este modo, se presenta

¹¹ *República*, 559 C - 560 D.

¹² Se ve claro que el 018005 es un verdadero auxiliar de la razón, y dentro de los sentimientos el más cercano a ella. Por algo Kant consideró que la santidad de la ley moral sólo puede experimentarse por el respeto (*Achtung*), ya que es un sentimiento que no admite comparación con ningún otro y constituye el móvil de la moral.

¹³ *República*, 560 D - 561 A.

¹⁴ Las diferencias entre la democracia directa antigua y la democracia representativa moderna, pueden verse en Anderson, *Polis and Psyche*, pp. 180-183. Citado por W.K.C. Guthrie, *Historia de la filosofía griega*, t. IV, p. 509.

¹⁵ *República*, 561 A - 561 C.

¹⁶ *República*, 561 C - D.

una escisión tanto en el Estado democrático como en el interior de esa alma. Esto aumenta en proporción al crecimiento social. Por eso, las ingentes ciudades modernas están cada vez más distantes de la unidad, solidaridad y fraternidad que habría albergado el Estado ideal.

El espíritu voltario del hombre democrático de termina que adopte todos los tipos de personalidad. En efecto, así como el Estado era un mercado de constituciones, el hombre democrático incorpora en su carácter el comportamiento del hombre filosófico, del hombre timocrático, del hombre oligárquico y del hombre tiránico. Esto no significa que la estructura de su alma se identifique con la de ellos, aunque en sus actos exteriores se comporte homológamente. Quizás pueda darse como excepción, que el hombre democrático adopte más la naturaleza filosófica que la tiránica¹⁷ Y aunque sea de manera transitoria, lo positivo radica en que este hombre particular estaría axiológicamente por encima del hombre timocrático y del hombre oligárquico. Sin embargo, a Platón le resultó más importante describir el hombre democrático que tiende a asemejarse al hombre tiránico o que incluso pueda degenerar en él.

II. El Estado Tiránico

El Estado tiránico es la última degeneración y surge de la democracia a consecuencia de su deseo insaciable de libertad. En esta ciudad la embriaguez por la libertad se introduce en todos los ámbitos, los gobernantes tachan de basura oligárquica a cualquier grupo que compela a la menor coacción, mientras que los que se someten a los gobernantes se les tuda de esclavos voluntarios. En fin, lo que se persigue es que gobernantes y gobernados intercambien sus puestos. La rebeldía contra la autoridad también penetra en el seno familiar y hasta en los animales domésticos que se parecen a sus dueños¹⁸. Platón pinta con gran ironía los detalles que reflejan la *hybris* la ciudad de Atenas que él mismo padeció, incluso llega hasta el punto de leer en el ambiente, los preludios de la tiranía, ¡tomando como base el proceso psicológico que anima cualquier convulsión estatal.

La libertad y la igualdad son tan irreprimibles, que el padre trata como igual a su hijo y llega incluso a temerle. El hijo también se iguala con él como un viejo antes de tiempo, y no le teme ni le guarda respeto, porque de ¡o contrario sentiría que puede perder su libertad¹⁹. Este niño no vive verdaderamente la infancia al adquirir una viveza que lo convierte en un adulto prematuro y que desde temprano le acrecienta los instintos. Naturalmente, como en esa etapa de la vida no ha cultivado su razón, su degeneración será muy marcada. De esta forma, no sólo la incultura hace degenerar, sino también el mar de instintos que con mayor fuerza y prontitud anegan su alma.

En la democracia antigua, el *meteco* el ciudadano se igualan entre sí en el sentido que el *meteco* pasa por ciudadano y el ciudadano permanece indiferente ante sus derechos como si fuera un extranjero. El maestro teme a sus alumnos y los adula, mientras que los alumnos menosprecian a sus maestros y a los *pedagogos*. Más bien, estos jóvenes se ponen al mismo nivel que los mayores rivalizando con ellos tanto de palabra como de obra, y los viejos los tratan con lisonja y pugnan por parecer jóvenes, sobre todo para no pasar por odiosos y despóticos. Tampoco se percibe distinción entre esclavos y señores, y también aparece la igualdad y la emancipación de la mujer. Pero el libertinaje llega al ridículo y a su colmo cuando los perros, los caballos y los asnos se igualan con la gente y andan por las calles atropellando a todo aquel que se les atraviese²⁰

No hay duda que en las democracias griegas el fanatismo por la igualdad desembocó en la nivelación de las inteligencias, impidiéndole así a los espíritus descolantes florecer con toda la plenitud de sus capacidades. La misma Atenas, con la envidia de diversos sectores de su pueblo, casi siempre a través del destierro se deshacía de sus benefactores: cabe mencionar a Aristides y Temístocles, para no hablar de la pena de muerte impuesta a Sócrates. Sin embargo, lo realmente grave y peligroso sucede cuando a nadie le importan las leyes y los principios morales, a fin de no contar con ningún amo. La inseguridad jurídica de las democracias, es el germen que las conduce hasta la tiranía. Ésta se asienta sobre la injusticia y se caracteriza por la carencia de libertad.

¹⁷ Es importante indicar que, a nivel histórico, el fenómeno de la democracia antigua es mucho más complejo de lo que parece, pues este sistema no se manifiesta con el mismo rostro en todo tiempo. En la propia Atenas durante la época clásica de Pericles, una época de apogeo, se aprecia una notable diferencia con relación a la acontecida a finales de las guerras del Peloponeso, un período de deterioro moral y de pérdida de valores. Sobre este tema ver de W. Jaeoer, *Paideia*, t. II, pp. 408 - 415. Asimismo, la democracia de la ciudad de Tárenlo cuando fue dirigida por Arquitas, adquirió un esplendor que después de su deceso nunca más volvió a alcanzar. Sobre este particular pueden verse de E. Minar. *EarlyPythagorean Politics*. pp. 87-90; y de L. Fallas. *La analogía pitagórica. Clave de la filosofía de Arquitas de Taranto*, pp. 277 - 281.

¹⁸ *República*. 562 A - E.

¹⁹ *República*, 562 E7.

²⁰ *República*, 563 A - D. No se concuerda con la absurda afirmación de K.R. Popper cuando asevera que la democracia que describe Platón es "una brillante pieza de propaganda política". Más bien, aquí se asume el mismo punto de vista de J. Adam cuando afirma que "la descripción que Platón hace de la génesis del hombre democrático es una de las piezas más sublimes y convincentes de la literatura de todo género, antigua o moderna", es decir, que, aunque el cuadro sea exagerado, "es válida para todos los tiempos" (*La sociedad abierta y sus enemigos*, pp. 70 y 481).

El tránsito de la democracia a la tiranía se opera por un principio que Platón no sólo restringe a la dimensión política, sino también a lo climatológico y al reino animal y vegetal. Hay que percatarse que todo exceso en el obrar, suele producir como compensación otro cambio considerable en sentido contrario. De esta forma, el *máximo* de libertad abre la brecha hacia la esclavitud más absoluta tanto en una ciudad como en un particular²¹. El autor de la *República*, asegura que una tiranía que promueve la más dura servidumbre, sólo puede originarse de la extrema libertad que se respiraba en el régimen democrático²²

La enfermedad de los Estados y las almas concupiscentes, que empieza en la oligarquía, que pasa por la democracia y termina con la tiranía, se debe a la inoculación causada por los zánganos. Éstos producen una infección en el cuerpo comunitario, y son como las bilis y las flemas que perturban la salud del cuerpo humano. Ambos son "humores" que atentan contra el equilibrio social, donde el carácter cálido de las bilis hace que se forme el grupo de los zánganos cargados de aguijón, que viven de los demás y que son derrochadores. Además, esta clase fomenta el desenfreno total, pero de una forma más virulenta en la democracia que en la oligarquía, pues en ésta al estar tachados de infames y al no contar con el poder, estaban más restringidos para clavar su aguijón. En cambio, en la democracia suelen ser la clase dirigente y también les más ardientes y activos para hablar y actuar en la Asamblea. Hay otros zánganos que tienen el carácter frío de las flemas, que son cobardes y que carecen de aguijón. Se limitan a zumbear alrededor de la tribuna, y con su estruendo tratan de impedir que los opositores se expresen. En esta sociedad también encontramos a los ricos, los cuales son despojados de su riqueza por los zánganos virulentos que al conseguirla toman de ella su miel y su sustento. El tercer grupo y el más numeroso lo constituye la masa popular, la cual vive de su propio trabajo sin poseer una cifra cuantiosa, y a pesar de no mantenerse políticamente activa, cuando se reúne en la Asamblea asume la soberanía. Los zánganos se ganan su apoyo brindándole un poco de miel, la cual la extraen de la privación de los bienes de los ricos, dejándose para sí la mayor parte. Si los hombres acaudalados se defienden públicamente, son acusados de oligarcas y de promover la conspiración contra el pueblo. Este numeroso sector de la población, como ha sido picado por los zánganos al aprovecharse de su ignorancia, termina adversando a este sector pudiente²³. De esta pugna, el pueblo se confía a un protector, pero éste en lugar de protegerlo, lo traiciona y se proclama tirano²⁴.

El líder del pueblo es alguien que se transforma en lobo al devorar las entrañas de sus víctimas, mientras que el pueblo es el rebaño despedazado y consumido. El tirano es una bestia con poder que derrama la sangre de los ciudadanos o que se deshace de ellos enviándolos a los tribunales. Es un antropófago, un ser de fauces impías que hacen sangrar a los propios parientes²⁵. Una vez que destierra y manda ejecutar a sus opositores, procura una abolición de las deudas y un reparto de tierras para las clases necesitadas²⁶. A este hombre

²¹ *República*, 563 07 - 564 A.

²² Cabe atender que Platón no sigue un ordenamiento de los Estados estrictamente histórico, aunque si bien es cierto el origen de la tiranía generalmente se remonta a la democracia. Las reformas democráticas de Clístenes al instituir el ostracismo, se debieron, en un inicio, a la prevención de que un político poderoso proclamara un gobierno tiránico, tomando en cuenta la experiencia acontecida con la tiranía de Pisístrato. También la república romana consideró prudente limitar el cargo de dictador por cierto margen de tiempo. Sin embargo, la tiranía también guarda un entronque con la oligarquía, en especial cuando el pueblo empobrecido quiere a cualquier precio mejorar su condición y se deja caer en las manos del tirano.

²³ Aristóteles establece que "en las democracias las revoluciones se producen sobre todo por el exceso de los demagogos que unas veces denuncian falsamente a individuos que tienen bienes, con lo que los llevan a aliarse (porque un miedo común une a los más encarnizados enemigos), y otras irritan al pueblo contra ellos como clase". Y más adelante agrega: "los demagogos para complacer al pueblo, tratan injustamente a las clases superiores, ya repartiendo sus haciendas o reduciendo sus ingresos con las cargas públicas; y otras veces lanzan contra ellas acusaciones calumniosas para poder confiscar los bienes de los ricos". *Política*, I. VII, 5, 1304 B - 1305 A.

²⁴ *República*, 564 A - 565 D. El término tirano (*τυράννος*) y tiranía (*τιρανία*) aparecen en el mundo helénico en los siglos VII y VI a. C., y no poseían las connotaciones peyorativas que luego adquirieron. En un principio constituyó un gobierno intermedio entre la oligarquía aristocrática y la democracia, pero siempre fue alguien que prometía mejorar las condiciones económicas del pueblo. El tirano consistía frecuentemente en un aristócrata que rivalizaba con los de su clase, y que con un golpe de estado que por lo regular era sangriento, se arrogaba el poder y se custodiaba con una guardia personal. La palabra tirano tuvo inicialmente la significación de dueño, y estuvo por encima de la palabra rey (*βασιλεύς*), pasando este nombre a aplicarse después a magistrados religiosos de menor jerarquía. En el siglo V, el vocablo fue denostado cuando el pueblo democrático se percató de que un sistema político obtenido por usurpación y guiado por una voluntad particular, era contrario a sus intereses. Y no cabe duda del gran descrédito que asumieron las tiranías, como en los casos específicos de los "Treinta Tiranos" del 404 a. G. en Atenas, y la tiranía de Dionisio el Viejo y Dionisio el Joven en Siracusa desde el 405 hasta el 344 a. C. Sin embargo, la palabra tirano presentó en diversos sectores cierta ambigüedad, pues algunos de ellos convirtieron en grandes potencias y enriquecieron las ciudades en las que estuvieron al frente. Estos fueron los casos de Gelon tirano de Gela, Siracusa y Sicilia (491 - 478 a. C.), o Arquelaos en Macedonia (413 - 399 a. C.). Sobre este último tirano se presenta una discrepancia entre Tucídides y Platón a la hora de valorar sus acciones. El historiador del Peloponeso exalta el desarrollo militar que propició y que fue superior al de los ocho reyes que le precedieron (*Historia de la guerra del Peloponeso*, I. II, 100). Mientras que Platón, en cambio, asume una posición desaprobativa de un tirano que no ha hecho con sus injusticias más que ensuciar y tornar desgraciada su alma (*Gorgias*, 470 D - 471 D).

²⁵ Es interesante que un tirano posterior a los tiempos macedónicos, llamado Apolodoro (280 a. C.), comió los intestinos y la sangre mezclada con vino de un hombre a quien mató y así se ganó la adhesión de una serie de partidarios según un rito de la época. Después fue presa de horribles pesadillas y de alcoholismo, los cuales le acrecentaron su instinto criminal. Ver de J. Burckhardt, *Historia de la cultura griega*, t. I, pp. 272 - 273. También cuenta Suetonio de Nerón que "a un egipcio que comía carne cruda y cuanto le presentasen, quiso, según se dice, dar hombres para que los desgarrase vivos y devorase" (*Vida de los doce Césares*, Ner., XXXVII).

²⁶ *República*, 565 D-565 S A. Los tiranos históricamente se caracterizaron por mejorar las condiciones materiales de los más desposeídos. Así lo hicieron Pisístrato en Atenas y Teágenes en la Megárida. Sin embargo, los tiranos siempre los restringían al campo y no les permitían ingresar a la ciudad urbana, y hasta les enviaban jueces para que resolviesen sus altercados. Para mayor referencia a este tema es importante el libro de G. Glotz, *La ciudad griega*, pp. 95 y 96.

sólo le aguardan dos lances del destino: o perecer por intermedio de sus enemigos o instaurar una tiranía y transformarse de hombre en lobo. En este último caso, son infructuosos los intentos de sus adversarios cuando conspiran para asesinarlo, puesto que él es, ante todo, un amigo del *demos*, un protector que vela por su beneficio y que requiere de una guardia personal que lo salvaguarde²⁷. Esta guardia además de ser asignada por el pueblo, también puede ser formada por el propio dictador²⁸.

En medio de la vorágine política, los hombres acaudalados o "enemigos del pueblo", si tienen suerte sacan su fortuna y se exilian, pero si son capturados se les confiscan los bienes y se les dan muerte. El protector al montarse y sentirse firme en el carro del Estado, pasa entonces a convertirse en tirano. Al principio actúa cordial y amablemente con todo el que encuentra. Niega ser tirano y llena de promesas al pueblo y a los particulares. También condona deudas y reparte tierras a los más miserables y a la gente vil que lo rodea, tratando de fomentar un aire de benevolencia y de paz²⁹. Después, para afirmarse más en su trono, provoca guerras continuas para que al pueblo le sea completamente indispensable contar con un jefe³⁰.

Además, impone el pago de impuestos para reducir a los ciudadanos a la indigencia, a fin de que se ocupen como puedan de sus necesidades diarias y conspiren menos en su contra. Mientras que todo aquel que deje entrever algún pensamiento de libertad y que no se amolde a su regencia todopoderosa, lo envía a ja guerra para que sea presa de la muerte³¹. También puede suceder que utilice otros conflictos bélicos de otras regiones para hacer desaparecer a los hombres que no le son serviles. Si la leyenda es cierta, Dionisio el Viejo, al enviar a Platón a Egina -una ciudad en ese entonces en guerra con Atenas- es una clara muestra de un tirano al que se le hace insufrible la presencia de un espíritu libre.

El tirano ante estos hechos se va granjeando el repudio de los ciudadanos. Los mismos personajes influyentes que habían sido sus colaboradores cercanos y que lo habían ayudado a alcanzar la posición que ostenta, con su compañía o sin ella, critican y prueban su forma de proceder. El caudillo a pesar de cualquier obstáculo quiere conservar el poder, y elimina a todos éstos hasta que la comunidad queda vacía de personas de provecho. De esta forma, purga al Estado de los hombres valientes, nobles y prudentes, realizando lo contrario de lo que practican los médicos en el cuerpo cuando quitan lo peor para dejar lo mejor. El tirano, si quiere seguir viviendo, tendrá que convivir bajo el mismo techo con gente en su mayoría despreciable que al mismo tiempo lo odia. La guardia personal tendrá que ir aumentando conforme se vaya haciendo cada vez más abominable a los ciudadanos, y los podrá reclutar si puede pagarles el sueldo a soldados mercenarios, que son también otros zánganos. A este grupo se agregarán los esclavos luego de haberles otorgado la libertad con respecto a sus amos. De todos ellos el dictador esperará amistad y lealtad, lo mismo que admiración y camaradería, mientras que, a los hombres buenos y excelentes, o se habrá deshecho de ellos o éstos le aborrecerán y se apartarán de él³².

Platón censura a poetas como Eurípides que alaban la tiranía, y sostiene que cuando se congregan las multitudes, con voces bellas y persuasivas las arrastran hacia la tiranía o la democracia. Asimismo, del tirano reciben honra y remuneración cuando frecuentan su corte. Sin embargo, ello constituye verdaderamente un baldón y no un aumento de su gloria literaria³³. Los poetas desde Homero solían ser la fuente

²⁷ República, 566 A - B. A este respecto son conocidos los casos de Teágenes, Dionisio y Pisítrato. Este último se produjo heridas en su cuerpo e hizo creer al pueblo que sus enemigos lo habían agredido, y de esta forma le fue encargada una guardia con la que usurpó el poder.

²⁸ Por eso Platón en *Rep.*, 566 A9, sostiene que un hombre convertido en un tirano consumado puede volver del exilio a pesar de sus enemigos. En este sentido, Pisítrato huyó en dos ocasiones de Atenas, regresando después con una guardia formada por mercenarios de diversas regiones, con las que gobernó ininterrumpidamente hasta su muerte. Asimismo, como señala J. Burckhardt citando a Dionisio de Halicarna-so (Vil, 7, 8), sobre el tirano Aristodemo de Cumas: "En su primera noche improvisó su guardia personal con los muchos condenados a muerte que gemían en las prisiones, con sus partidarios, y con los prisioneros de su campaña guerrera (etruscos); después del desarme general formó una guardia triple, con los ciudadanos más canallas, con los esclavos que asesinaron a sus dueños y con dos mil bárbaros salvajes mercenarios; estos últimos con mucho más espíritu de pelea que los otros, lo que no parece inverosímil" (*Historia de la cultura griega*, t. I, pp. 233 y 234).

²⁹ Veamos la similitud que se da posteriormente con la toma de poder de Nerón según la narración de Suetonio: "Comenzó su reinado con demostraciones de piedad filial: hizo magníficos funerales a Claudio, pronunció su oración fúnebre y lo puso en la categoría de los dioses; tributó grandes honores a su padre Domicio y entregó a su madre autoridad ilimitada... Para probar mejor aun sus buenas disposiciones, anunció que reinaría según los principios de Augusto, y no perdió ocasión de mostrar dulzura y clemencia. Abolió o disminuyó los impuestos demasiado onerosos. Hizo distribuir al pueblo cuatrocientos sestericios por persona. Aseguró a los senadores de elevado nacimiento, pero sin fortuna, una renta anual que se elevaba para algunos hasta quinientos mil sestericios. Estableció para las cohortes pretorianas distribuciones de trigo mensuales y gratuitas. Un día que le pedían, según costumbre, que firmase la sentencia de muerte de un criminal, dijo: "Quisiera no saber escribir"... Cada día distribuyó al pueblo provisiones y regalos de toda especie: pájaros por millares, manjares con profusión, bonos pagaderos en trigo, trajes, oro, plata, piedras preciosas, perlas, cuadros, esclavos, fieras domesticadas, en fin, hasta naves, islas y tierras" (*Vida de los doce Césares*, Ner., IX - XI).

³⁰ República, 566 C - E. Platón en este último pasaje alude a Dionisio el Viejo cuando suscitaba las constantes guerras contra los cartagineses. Incluso, cuando pudo acabar definitivamente con ellos en Mesina, hizo que los fenicios le pagasen en secreto un rescate para retirar sus tropas y así siguiesen siendo una fuente de peligro para la isla que debía continuar aceptando la tiranía. Sobre este particular, ver de A. Tovar, *Historia de Grecia*, p. 214.

³¹ República, 567 A.

³² República, 567 B - 568 A.

³³ República, 568 A8 - 568 D. Viene a colación referir lo que indica J. Burckhardt sobre la presencia de los poetas e incluso de los filósofos en las cortes de los tiranos: "también los grandes poetas de la época visitaron y loaron las cortes, y así encontramos a Ario con Periandro, a Ibcio y Anacreonte con Policrates, a Simónides y Anacreonte con Hiparco, para no hablar de los tiranos de Sicilia del siglo V, -que fueron

primordial de la *paideia* griega, por lo que su puesto prominente los debía colocar en una situación de sumo cuidado a la hora de formar a los individuos. La potestad que tenían, aunada con el servilismo por la fama y las riquezas de los tiranos, los hacía corromperse a ellos mismos como a los que se dejaban hechizar por sus composiciones.

De acuerdo con Platón, no existen mayores promotores de las tiranías que los sofistas. Ya Trasímaco cuando afirmó que la injusticia era mejor que la justicia, no se refería al delincuente común, sino al hombre que se asentaba sobre el trono de la tiranía³⁴. La formación sofística en los tiempos de la democracia ateniense, generaba con la retórica y la oratoria a los *demagogos*, los cuales solían provenir de las capas aristocráticas. La obtención del éxito comunitario bajo cualquier medio, determinaba que la enseñanza de los sofistas condujese, si se contaba con la proclividad, a la irrupción del tirano como ideal de vida. El problema radicaba, sobre todo, que un alma grande cayera en manos de estos mal formadores del espíritu, pues al producirse un enorme daño en su alma, lo que pudo haber sido un alma filosófica se trueca en el despotismo anímico más absoluto³⁵.

La vida del tirano depende completamente del ejército. Lo hará cada vez más numeroso y las fuerzas de lo peor dominarán sobre la mejor parte de la comunidad. De ella extraerá sus tesoros sagrados, para dilapidarlos a su antojo y para alimentar los esclavos que lo rodean. Y en cuanto deje de percibir ingresos, los sacará del pueblo a través de impuestos que irá aumentando según sus ilimitadas necesidades³⁶. De esta forma, traiciona a su patria y se violenta contra ella al modo de un parricida³⁷.

visitados personalmente o por sus poemas, por Simónides, Píndaro, Esquilo y Baquílides. No es menester suponer que estos poetas fueran aduladores, como nos lo muestra el ejemplo de Píndaro en la sinceridad con que se manifestó frente a Terón y Hierón. En tiempos posteriores se creyó en la necesidad que tienen los tiranos de rodearse de una corte de filósofos, en la forma que se concreta en las numerosas variantes de la historia de dos amigos pitagóricos con respecto a un tirano de la Magna Grecia o siciliano; pero hay que advertir, únicamente, que los tiranos famosos pertenecen a época muy anterior a la de los filósofos famosos" (*Historia de la cultura griega*, t. I, p. 240). En *Protágoras* (345 E y ss.), puede apreciarse el juicio adverso que se emite sobre Simónides, el cual componía encomios y era amigo y adulador de tiranos.

³⁴ *República*, 338C -339 A. Platón en el *Político*(709 D-710B), dice que los demagogos son "ensalzadores de ídolos más monstruosos y ellos mismos son ídolos; y, por su grandísimo arte de imitar y embaucar como magos, son también los sofistas por antonomasia". También podemos agregar las palabras de A. Koyré: "El sofista es el remedo del verdadero filósofo, como el tirano lo es del verdadero jefe de Estado. Aún más: la tiranía y la sofística son tan solidarias como, por su parte, lo son la filosofía y el reino de la justicia en la ciudad. A mi entender, no se comprenderá nada de la actitud política de Platón si no se le ve cómo atisba en el horizonte, por entre las sombras del mañana, el repulsivo espectro de la tiranía. E, indudablemente, ni siquiera se comprenderá bien su actitud filosófica si no se tiene en cuenta el hecho de que, para él, la tiranía y la sofística son solidarias, y es el sofista quien prepara las vías del tirano" (*Introducción a la lectura de Platón*, p. 112 y ss.).

³⁵ En el *Protágoras*, 313 A, el joven Hipócrates, una vez que ha mostrado su entusiasmo para iniciarse en la formación sofística, recibe la prevención de Sócrates acerca del "peligro a que ya exponer su alma".

³⁶ Sobre la rapiña al Estado y la exigencia de impuestos arbitrarios, cuenta Suetonio de Calígula: "Hizo pagar impuestos nuevos y desconocidos hasta entonces, cobrándolos primeramente los receptores públicos, y en seguida, como era inmensa la ganancia, los centuriones de las tribus de la guardia pretoriana. No hubo persona ni cosa a la que no se impusiese gravamen. Estableció un derecho fijo sobre todos los comestibles que se vendían en Roma; exigió de los litigantes, dondequiera que se juzgase un pleito, la cuadragésima parte de la cantidad en litigio, y estableció pena contra aquellos a quienes se probase que habían transigido o desistido de sus pretensiones: a los mozos de carga se les impuso el octavo de su ganancia diaria; a las cortesanas el precio de una de sus visitas, y añadió a este artículo de la ley, que igual cantidad se exigiría a todos aquellos hombres y mujeres que habían vivido de la prostitución: hasta al matrimonio se le impuso contribución... Cuando nació su hija, quejose de ser pobre y de sucumbir a la vez bajo el peso del Imperio y de la paternidad y recogió ofrendas para la crianza y la dote al comenzar el año; y el día de las calendas de enero se colocó en la entrada de su palacio, y allí recibió por sí mismo el dinero que multitud de personas de toda condición arrojaron a manos llenas delante de él. En los últimos tiempos, su pasión por la riqueza se había trocado en frenesí, y con frecuencia paseaba descalzo sobre inmensos montones de oro, colocados en vasto salón, y algunas veces se revolcaba sobre ellos" (*Vida de los doce Césares*, Cal., XL- XLII).

³⁷ Para Platón existen dos injusticias que no admiten comparación con ninguna otra, como son el hecho de violentar o destruir el Estado y a los padres. Desde su punto de vista, el daño causado al primero es una injusticia mayor que el causado a los segundos, cf. *Gritón*, 51 A - C.